

las habitaciones, que solo ocupaban los individuos de la familia real en cuanto alguno fallecia.

—¿Y mi padre? preguntó la jóven al hallarse en presencia de Miazochil.

—Aún vive.

—¿Vive? exclamó con alegría.

—Sí, vive; pero en la desesperacion, porque sus vasallos, que él amaba como hijos, se han atrevido á ultrajarle, á escarnecerle, á herirle.

Guacalcinla hizo que la condujeran al cuartel de los españoles.

Hallábase de guardia en la puerta principal el capitán Escobar, quien al ver á la jóven princesa embellecida con el dolor, y al oír sus súplicas, se apresuró á anunciar á Hernan Cortés su llegada.

Llevadla hasta la estancia de su padre, dijo el caudillo, y alejaos todos de allí para no turbar su aficcion.

Moctezuma estaba en el lecho del dolor.

Los cuidados que le habian prodigado, á pesar suyo, los españoles, habian aliviado su herida.

Pero la de su alma era mortal, y al ver entrar á la princesa, y al reconocerla, cubriéndose con las manos el rostro:

—¡Huye, hija mia, le dijo; huye de mí; yo estoy maldito de los dioses! ¡Tú vista me avergüenza!

A una señal de Guacalcinla, todas las personas que rodeaban al enfermo la dejaron á solas con él.

CAPITULO XXVIII.

Donde se vé lo que hace el cariño y lo que hace la pasion.



Se postró Guacalcinla de hinojos ante el lecho de su padre.

—Gracias sean dadas al gran Tezcalepuzca, dijo la jóven. El ha conservado sus dias á mi buen padre, para que yo no muriera de dolor.

Y al ver que los ojos de Moctezuma se inundaban de lágrimas:

—Padre mio y señor, añadió la jóven. Desahoga tu corazon en el mio, exhala tus ayes, que hallarán eco en mi alma, y abre tu espíritu á la esperanza porque ella viene á consolarte.

—No, Guacalcinla; tú eres niña, eres feliz y no puedes comprender mi dolor. Si lo comprendieras, si sintieras en tu alma la humillacion que yo siento al ver que he perdido todo cuanto tenia, todo cuanto más amaba, el prestigio, el amor, la consideracion de mis vasallos, desearias la muerte como yo la deseo, porque la vida es para mí un continuo sufrimiento.

Guacalcinla fijó una penetrante mirada en Moctezuma.

—¿Ignoras, padre y señor, la consternacion en que se encuentran los vasallos?

¿No sabes que apénas en un momento de arrebato, de obcecacion, de delirio, se atrevieron á insultarte y te hirieron; sabes que poseidos de un profundo remordimiento, huyeron horrorizados de su obra, y hoy no se atreven á volver sus ojos á tí, temerosos de que tu indignacion haga caer sobre ellos la ira de los dioses?

Yo estoy segura de su arrepentimiento, yo estoy segura de que hoy han sentido aumentarse en su alma el amor que te profesaban, de que no hay uno solo que no se halle dispuesto á dar su vida por tu perdon.

—Aunque así fuera, ¿crees tú que Moctezuma, el descendiente de tan poderosos monarcas, pueda perdonar semejante injuria? ¿No conoces que no puede haber piedad para los miserables que me han ultrajado?

—Han creído que los abandonabas, que preferías á los extranjeros, que eras su prisionero, y la indignacion y el pesar les ha obligado á cometer tan espantoso crimen.

Pero creeme, padre mio; ellos volverán á tí humildes, cariñosos; ellos serán tus antiguos y leales vasallos en cuanto abandonen esta triste prision, en cuanto vuelvas á tu palacio y desde el trono de tus antepasados fulmines tu anatema contra los que les han instigado á la guerra, y perdones á los que han obedecido al sentimiento del amor á la patria.

Guatimotzin, mi esposo y tu hijo, acudirá á prestarte obediencia.

¿Quieres que él mismo exhorte á los mexicanos á que vengan te busquen y te lleven en triunfo á tu palacio?

¿Quieres que él de un castigo á los que han instigado al pueblo en contra tuya?

Mi esposo es; le amo más que á mi vida, y sin embargo, yo despertaré en su alma el deseo de complacerte.

Moctezuma quedó un instante pensativo.

—Sí, murmuró; Guatimotzin no ha instigado á los mexicanos, no ha conspirado contra mí como los príncipes de Iztacpalapa y de Tezcucó. El ha sido leal, él es valiente, él puede someter á la obediencia á los mexicanos.

Guacalcinla, hija mia; tú y tu esposo sois mi única esperanza. Si aun sientes hácia mí algun afecto; si quieres devolverme la paz que he perdido, corre, busca á tu esposo, dile que él es

mi única esperanza, que se ponga al frente de los mexicanos, que someta á los jefes de la insurreccion, y entónces yo saldré de aquí para trasladarme á mi palacio y perdonar á los mexicanos.

—No, padre mio, dijo Guacalcinla; yo no me separo de tu lado mientras estés en peligro, mientras sufras. Al contrario, deseo para tu alivio que te veas rodeado de toda tu familia.

Que venga la emperatriz Miazochil, que vengan tus hijos, mis hermanos, que vengan los fieles servidores, que lloren tu desventura, y mientras tanto yo avisaré á mi esposo lo que ocurre, y le pediré por el amor que me profesa que cumpla tus deseos; y disipadas las nubes del pesar, sonreirá de nuevo el sol de la alegría.

Guacalcinla estaba resuelta á no separarse del lado de su padre, y llamando á los tlatoanis de Tacuba que la habian acompañado, les mandó que volviesen á la presencia de Guatimotzin y le comunicaran los deseos del emperador.

Inmensa fué la alegría que produjo en el capitán Escobar la noticia de que Guacalcinla se quedaba en el cuartel asistiendo á su padre.

La belleza peregrina de la jóven le habia fascinado hasta el punto de concebir una pasión por ella.

Todas las noches quedaba un oficial de guardia cerca del aposento de Moctezuma, y Escobar hizo lo posible para cambiar con el oficial á quien le tocaba dar la guardia la noche del día en que llegó Guacalcinla á la presencia de su padre.

La jóven no se apartaba un instante del lecho del enfermo.

Aquella noche mandó á los servidores de su padre que descansasen, dejándole completamente á su cuidado.

El padre fray Bartolomé de Olmedo, que entendia mucho de medicina, convencido de que se empeoraba la salud de Moctezuma, más que por la gravedad de la herida, por las cavilaciones que le quitaban el sueño, habia dispuesto darle una bebida

letárgica, para que debilitando su sistema nervioso, le dejara descansar.

La tomó al anochecer, y se quedó profundamente dormido.

En la estancia no quedaron más que el enfermo en el lecho y Guacalcinla á su lado.

En el aposento contiguo, bastante retirado del que ocupaba Hernan Cortés, quedó Escobar con cuatro hombres.

El oficial se hallaba poseído de los más extraños deseos.

Guacalcinla le habia fascinado.

En las condiciones en que se hallaban los españoles respecto de los mexicanos, le era de todo punto imposible obtener su amor.

Y sin embargo, la idea de renunciar para siempre á ella, después de haberla visto y haberla admirado, de haberse recreado en su hermosura, le desesperaba, trastornándole el juicio.

La pasión convierte al hombre más bueno en un criminal.

Escobar, que hasta entonces habia sido un modelo de disciplina, que solo habia pensado en la gloria, en el cumplimiento de su deber, tentado por el diablo, llegó á ese cuarto de hora de debilidad de la humana naturaleza.

La ocasión era propicia.

La joven india no habia reparado en él, y era difícil que al día siguiente le reconociese.

Pero estorbaban á sus propósitos los soldados, y no sabia qué partido tomar para alejarlos de allí.

De cuando en cuando turbaba el silencio que reinaba en torno suyo el ¡alerta! que repetían los centinelas desde los puestos que ocupaban, para evitar cualquiera sorpresa.

Aunque media todas las consecuencias del paso que meditaba, la pasión, dominándole por completo, le hizo resolverse.

—Os doy permiso para que os marcheis á dormir, dijo á los soldados. Veo que estais rendidos, y afortunadamente no hace falta vuestra presencia aquí.

Los soldados le obedecieron, y Escobar quedó solo en la estancia.

Como el criminal en los momentos que preceden al crimen, oprimía con sus manos su pecho para que no se oyeran sus latidos, que resonando en su oído, le parecían golpes capaces de resonar en todo el edificio.

Avanzando y retrocediendo, llegó por fin á la puerta de la estancia en donde reposaba Guacalcinla.

Allí le detuvo la respiración del enfermo, que era el único ruido que se percibía.

La habitación estaba á oscuras; pero hacia una hermosa noche de luna, y á través de una ventana cerrada con un tejido de palma penetraba alguna claridad: la suficiente para ver los objetos que habia en la habitación después de estar un rato en ella.

Avanzó un paso, y vió á la joven, que contemplaba á su padre con la mayor atención.

Estaba vuelta de espaldas á él, y no podia apercibirse de su llegada.

Escobar, con esa fiebre que se apodera del que va á realizar un deseo criminal, avanzó tímidamente hasta donde se hallaba la joven, y al acercarse á ella con una mano tapó su boca, con la otra la cogió, y sin darle lugar á que profiriera un solo grito la sacó de la estancia de Moctezuma y la llevó á una antecámara, en donde él habia permanecido hasta entonces.

Ebrio de gozo por el triunfo que habia obtenido, iba á saciar sus infames deseos, cuando una voz que resonó en su oído le consternó.

—¡Miserable! ¿Qué haces?... ¡Ay de tí!

Aquella voz era de Marina.

Soltó Escobar su presa, y Guacalcinla, volviendo en sí, corrió á refugiarse en la estancia de su padre.

Escobar reconoció á Marina, y cayendo á sus piés:

- ¡Por Dios te pido, dijo, que no me descubras!
- Solo con una condicion lo haré.
- Habla, seré tu esclavo.
- Sé que vais á partir en breve á España para una comision que os desea confiar Hernan Cortés. Allí hay una mujer que estorba. Juradme que la matareis.
- Te lo juro si no me descubres.
- De tí depende que sepan Hernan Cortés y los mexicanos que has querido ultrajar á la hija de Moctezuma, á la esposa de Guatimotzin.

En seguida entró en la estancia donde se hallaba Guacalcinla, y la jóven princesa le manifestó la inmensa gratitud que sentia por haberla salvado da la infamia.

—Pídemelo que quieras en cambio, le dijo.

—Tu silencio, porque si Guatimotzin, tu esposo, llegara á saberlo, dudaria de tí.

Marina logró con aquel motivo captarse el afecto de Guacalcinla y dominar á un hombre que podia realizar los planes de venganza que abrigaba desde hacia tiempo en su alma, á pesar de los buenos sentimientos que hasta entónces habia revelado su carácter.

CAPITULO XXIX.

Una madre y un hijo.



El dia siguiente, ántes de que hubiera noticias de la resolucion de Guatimotzin en vista de las súplicas de su esposa, tuvo lugar un suceso que merece mencionarse.

Acababa de amanecer, cuando llegó á las puertas del cuartel de los españoles una mujer india con un niño de diez á doce años.

Eran madre é hijo.

Ella tenia todo el tipo de su belleza mexicana.

Ojos negros, rasgados; cabellera negra, cútis de un bronceado claro.

Sus adornos indicaban que pertenecia á la clase de los tlatoanis ó nobles del imperio.

El centinela mandó llamar á Aguilar para que se enterara de las pretensiones de aquella mujer.

El bueno de Aguilar acudió en seguida, y oyó á la india.

—Deseo ver al Malinche.

Así llamaban los mexicanos á Hernan Cortés.

En su idioma era esta palabra un título honorífico?

Significaba *jefe supremo*.

—¿Qué objeto te trae?

—Vengo á implorar su proteccion.

—¿De dónde vienes?

—De Tezcuco.

Advirtió Aguilar á Hernan Cortés los deseos de la jóven, y el caudillo de los españoles se apresuró á recibirla en su estancia, encargando á Marina que asistiese á aquella entrevista en calidad de intérprete.

La india y su hijo llegaron á la presencia de Hernan Cortés.

Una y otro doblaron la rodilla en tierra y acercando la diestra á los labios, imprimieron en ella un beso, y de este modo saludaron con toda la solemnidad mexicana al jefe de los españoles.

—¿Quién eres y qué te trae aquí? preguntó Hernan Cortés á la jóven.

—Soy Othalitza, hija del gran Azparak, el amigo, el confidente del padre de Cacumatzin, el de la lanza mortal; y vengo á contarte mis desventuras y á implorar tu proteccion para mi hijo.

—Habla, dijo Hernan Cortés.

—Siendo yo niña, dijo la jóven, acompañaba á mi padre á los combates contra los habitantes de las serranías, á quienes sometia como aliado del emperador de México.

Un día, siendo yo jóven, descubrí la madriguera de un jaguar.

Era una hembra, que dejaba allí sus cachorros para ir á buscarles sustento.

Anhelaba yo poseer uno de aquellos animales, y acéchando el momento en que el jaguar salia, entré en su madriguera y le arrebaté uno de sus hijos.

El jaguar me sorprendió llevándomele, y al verle solté mi presa.

Un rugido feroz lanzó la fiera; pero no era más que una amenaza.

Cogió á su hijo, lo llevó á la madriguera, y cuando yo me alejaba, me ví de pronto acorralada por el jaguar.

Corrí para librarme de él, y ya me alcanzaba, cuando de pronto sentí un nuevo rugido.

Volví los ojos, y le hallé tendido en tierra, atravesado por una flecha.

Cerca de allí estaba Cacumatzin, que me habia librado de la muerte con su certera mano.

Desde entónces le adoré como á un ídolo, y él correspondió á mi amor.

De aquel afecto nació este pobre niño, que abandonado poco despues conmigo, cuenta sus dias por sus infortunios.

Cacumatzin se apoderó del jaguar muerto, y le arrancó la piel, conservando su cabeza.

Habia oido decir que la piel de los jaguares infundia valor y desde entónces es su mejor adorno la piel del que habia muerto para salvarme.

Aquella piel fatídica le comunicó toda la ferocidad del jaguar, y sediento de la lucha, me abandonó sin volver á acordarse de mí, porque elevado al trono, buscó en otra esposa la felicidad que ya no podia ofrecerle.

Hoy ya ha muerto.

Le perdono con toda mi alma; pero el trono de Tezcucó está vacante.

Los partidarios de Imbilimbo favorecen nuestra causa.

Todos ellos recuerdan que los españoles pusieron en el sólio al soberano á quien amaban.

Cacumatzin ha muerto, y yo he venido á pedir vos vuestro apoyo para que mi hijo, el hijo de Cacumatzin, herede el trono de su padre, jurando prestar en todo tiempo su apoyo á sus protectores contra los que, desconociendo sus órdenes, se han atrevido á desafiar sus iras.

Hernan Cortés, que en aquellos momentos deseaba á toda costa aliados, manifestó á Othalitza que estaba dispuesto á favorecer sus deseos, siempre que los partidarios de su hijo fuesen á suplicárselo por medio de una embajada, como era razon.

—Id, añadió el caudillo; vuestro hijo será rey de Tezcucó; yo os lo aseguro.

Othalitza manifestó que algunos mexicanos, adivinando sus deseos, la habia seguido, y temia que no la permitiesen volver á Tezcuco.

Entónces el caudillo de los españoles comisionó á Alvarado para que fuese con veinte ginetes y cien tlaxcaltecas á acompañar á Othalitza y á informarse en su nombre de los deseos de los tezcucanos, autorizándoles para sentar en el trono á Ililiti, que así se llamaba el hijo de Cacumatzin.

Partió aquella comitiva, y Othalitza se despidió de Hernan Cortés con las lágrimas de gratitud.

CAPITULO XXX.

La última esperanza.



El silencio continuaba reinando en México.

Aquellos valerosos adalides que habian peleado como héroes por la independencian de la patria, no parecian.

Sin embargo, Hernan Cortés conocia lo bastante el corazon humano para comprender que pasada la consternacion que se habia apoderado de ellos, volverian con nuevo ímpetu, con nueva rabia, à combatirlos.

El cuartel habia quedado muy mal parado despues del último ataque, y empleó á sus soldados en aquellos dias de descanso en reparar los desperfectos y en fortificar mejor, no solo ya el cuartel, sino sus avenidas.

Moctezuma parecia más tranquilo.

La esperanza le sonreia en los ojos de Guacalcinla.

Pero tanto la hija como el padre, esperaban con ánsia la respuesta de Guatimotzin.

No tardaron en volver los tlaxcaltecas á quienes habia comisionado Guacalcinla para que hablaran á su esposo.

Su respuesta era categórica y definitiva.

—Guatimotzin, tu esposo, los dijeron, está resuelto á recordar su deber á los mexicanos, á devolver á Moctezuma todo su prestigio, á colocarle de nuevo en el trono con el mismo esplendor que tenia ántes de que vinieran los españoles. Pero exige en cambio una condicion ineludible.